



“Epílogo”

p. 65-66

María del Carmen Vázquez Mantecón

*Muerte y vida eterna de Benito Juárez  
El deceso, sus rituales y su memoria*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2006

90 p.

Ilustraciones

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 46)

ISBN 970-32-4290-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de marzo de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/470/muerte\\_vida\\_eterna.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/470/muerte_vida_eterna.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## EPÍLOGO

Si bien el siglo XX fue prolífico en cuanto a erigir estatuas para honrar la memoria de su héroe benemérito y que adornan plazas, calles y edificios públicos a lo largo y ancho de nuestro país, éstas no igualan el derroche porfiriano y la voluntad de hacer de Juárez el héroe personal del dictador. Es de notar, además, que desde el 18 de julio de 1957 por iniciativa del presidente Ruiz Cortínez se abrió en Palacio Nacional un museo y una sala de actos conocidos como “Recinto a Juárez”, precisamente en las habitaciones que él ocupó cotidianamente con sus familiares y en una de las cuales murió, en la que puede verse entre otras cosas la misma cama que, dicen, fue testigo del deceso.

De los dos monumentos que he descrito ampliamente es más significativo desde mi punto de vista el de San Fernando, dado que, hasta nuestros días, reposan ahí las cenizas de Benito Juárez. Si bien están rodeadas por los restos de connotados liberales, también permanecen ahí los de importantes conservadores contra los que el Benemérito contendió para afianzar la Constitución y el gobierno del país. De hecho, hacia los años sesenta y setenta de aquel siglo XIX, el Estado tomó la administración del panteón, coincidiendo además en que era uno de los cementerios más encumbrados y de moda, por lo que se convirtió en la morada final de muchos militares y políticos relevantes de la historia de la Reforma sin darle por lo visto mucha importancia a las ideologías.

Es curioso recordar que a pesar de que Juárez fue un presidente que se distinguió en sus intentos por secularizar la vida y la muerte de los mexicanos, terminó en un panteón con nombre de santo y de larga tradición religiosa, que además había sido clausurado un año antes de su muerte por cuestiones de higiene urbana, asunto que, como dije al inicio, fue una de las muchas preocupaciones del Benemérito. De todos los héroes que habitan nuestro panteón nacional, sus restos no tienen cabida en los altares que la veneración cívica ha consagrado para perpetuar dignamente su memoria —porque él no fue héroe de la Independencia



Figura 33

ni de la Revolución y porque hasta ahora no hay un sitio especial para los que protagonizaron la Reforma—. Sin embargo, es el único que reposa en paz junto a sus seres queridos y que en sus monumentos más importantes aparece respaldado románticamente por tres hermosas alegorías femeninas: la Patria, la República y la Gloria, como el mejor galardón que —más allá de la retórica con la que ellos fueron creados— reafirma todavía su reputación honorable y el reconocimiento de sus afortunados aciertos para hacer prevalecer las instituciones republicanas, la Constitución y, de paso, la dignidad entre sus asediados conciudadanos.